

EDITORIAL

El continente americano encarna un espacio en continua ebullición social y política. Después de un retraimiento de partidos y movimientos de “izquierda” en los últimos años, han retomado sus fuerzas y hoy disputan un mapa geopolítico con gobiernos de signos de “derecha”. El triunfo electoral en las presidenciales de Gabriel Boric en Chile y Xiomara Castro en Honduras, junto a los gobiernos de Andrés Manuel López Obrador en México, Pedro Castillo en Perú, Alberto Fernández en Argentina y Luis Arce en Bolivia, configuran una diversidad de la “izquierda latinoamericana”, que no puede ser reconducida miméticamente a otras olas de gobiernos “progresistas” o de “izquierdas”, como las que marcaron en su momento Hugo Chávez, Lula Da Silva, Rafael Correa, Evo Morales, Fernando Lugo, entre otros. La apuesta por el fortalecimiento de la democracia, y por políticas sociales que no pierdan el rumbo democrático con prácticas autoritarias, es una respuesta de desmarque ante el ejemplo venezolano y su grave crisis institucional y de credibilidad democrática. El nuevo ciclo de izquierda apuesta, entre sus signos distintivos, por una izquierda que no siga el ejemplo venezolano.

El proceso electoral en Colombia en el año 2022 se inscribe en estos forcejeos geopolíticos. Aunque tiene componentes diferentes a otros procesos en el continente y en otras partes del mundo, tiene un denominador común con alguno de estos: un hartazgo hacia las clases o capas políticas tradicionales, que se manifiesta con una segunda vuelta electoral entre el exguerrillero Gustavo Petro y el *outsider* Rodolfo Hernández. Cualquiera que sea el resultado, será inédito en el panorama político colombiano. Es un fenómeno que tiene ejemplos en el fortalecimiento de liderazgos presidenciales en la propia región, como ocurre en El Salvador con Nayid Bukeke, cuyo gobierno ha estado marcado con acusaciones de prácticas autoritarias.

Por su parte, la política hacia América Latina de la administración del demócrata Joe Biden, sigue señalada por la incoherencia y las posiciones fallidas. Como su antecesor, no parece que esta región del mundo ocupe un lugar de privilegio entre sus preocupaciones internacionales. Una lectura incorrecta del momento político, y de los nuevos reacomodos geopolíticos con la existencia de nuevos gobiernos de izquierda, llevó a excluir hasta este momento de la Novena Cumbre de las Américas -a celebrarse entre del 6 al 10 de junio de 2022 en los Ángeles, California-, a los gobiernos de Venezuela, Nicaragua y Cuba. Esto despertó el rechazo de la mayoría de los gobiernos de izquierdas, alguno de los cuales han mostrado su desaprobación a participar con esta política de

exclusiones. Con ello, la Cumbre augura un fracaso estrepitoso que el ejecutivo estadounidense pudo haber evitado.

Sin embargo, a la par de estos acontecimientos, la administración democrática es impulsada por la agresión de Rusia a Ucrania, y una grave crisis migratoria en sus fronteras, a políticas pragmáticas con algunos de los gobiernos que excluye de la Cumbre de América. Hasta ahora no han dejado de reconocer expresamente a Juan Guaidó como “Presidente Encargado de Venezuela”, pero se han visto obligados a negociar con el ejecutivo de Nicolás Maduro la posible reactivación de la producción petrolera, dañada en grado extremo por una cuestionable gestión administrativa y por las duras “sanciones” económicas norteamericanas impuestas con mayor intensidad en la época de Donald Trump. En igual sentido, después de una política zigzagueante hacia Cuba, la crisis migratoria parece ser un componente decisivo para un cambio de política en materia de “sanciones”, que ha optado por eliminar alguna de las medidas tomadas por su antecesor. Es una flexibilización que retoma en alguna medida la política de Obama hacia la isla, y que constituyó una promesa de campaña electoral incumplida hasta este momento.

Los futuros escenarios en otros países como Brasil, y la pujante candidatura de Lula da Silva, es un indicador de los complejos procesos que vive el continente. Sin lugar a dudas, los efectos de la pandemia han contribuido a acelerar estos cambios vertiginosos, que tiene su origen en largas décadas de exclusión, pobreza y desigualdades estructurales. La convulsión social y política parece ser el signo característico en los años venideros, que es muy probable que tenga una traducción política y electoral de castigo para las clases políticas tradicionales, auges de *populismos*, y una correlación de fuerzas ideológicas mucho más equilibrada que en épocas pasadas.